

La casa: elogio y denuesto de la metáfora

POR CRISTINA SANTAMARINA

Me parezco a aquél hombre que andaba por el mundo con un ladrillo, tratando de explicarle a todos cómo era su casa. Así, de manera tan definitiva, nombra Bertolt Brecht la oquedad del sujeto que deambula la vida intentando decir quién es. Nombrar la identidad o mejor aún rodearla hegelianamente sin poder tocar jamás su núcleo, ha supuesto incorporar la topología del espacio que se habita como bosquejo de quién se es. Porque ese espacio de dimensiones siempre finitas de mayor grado de finitud que las posibilidades del sujeto ha devenido parte consustancial de nuestra identidad. Lo que somos o lo que queremos ser, lo que tenemos y lo que aspiramos tener, lo que sabemos y también lo que desconocemos se vuelve signo expresivo en las limitadas dimensiones del espacio que habitamos. Lejos del constante intento de naturalización histórica por el que la vivienda parece haber sido siempre un referente de la propia identidad personal, ésta, la vivienda, deberá ser situada históricamente en su importancia expresiva para comprender sus capacidades identitarias y sus deformaciones interpretativas.

Será necesario comenzar por situar esta particular forma de pertenencia y posesión articulable con la propia personalidad como una característica de la modernidad tardía, como una forma de disciplinamiento de las masas es decir, de todos nosotros - posterior a la revolución industrial. Un devenir entelequia, en suma, que nos remonta a muy pocas décadas de esta particular historia de Occidente. Así es. El meteco griego, el soldado romano, el campesino feudal, el obrero de la primera revolución fabril no vinculaban la exhibición de su identidad al espacio que habitaban sino a sus capacidades y saberes personales.

La casa se hace expresiva de la personalidad y del lugar que se ocupa en la geometría social cuando abre sus puertas al mundo y esta apertura es una ruptura histórica que realiza la revolución burguesa y que se extiende a amplios sectores sociales a lo largo de este breve, violento y confuso siglo XX. Cuando la casa era el lugar en el que se trabajaba, se dormía, se tenían hijos y se esperaba la llegada de la muerte, sólo era un hábitat capaz de darnos cobijo, cierta protección de la intemperie y algún resguardo frente a los otros. Pero poco más.

La casa devino metáfora cuando fue capaz de ser no sólo exhibida, sino sobre todo exhibible culturalmente como una condensación de la propia persona, como una expresión de las formas de ser, de hacer, de vivir. La casa desordenada de Valle Inclán, la casa museo de Pablo Neruda, la casa fetiche de Sigmund Freud, la casa salón de Max Weber, la casa pop de Andy Warhol fueron y son capaces de hacer las veces de emblemas parciales de cada uno de ellos porque un contexto técnico y cultural posibilitó estas mediaciones. En el hacer técnico, la aparición de la fotografía en tanto expresión máxima del realismo, ese modo particular de nuestras formas de ver, aprender, comprender y pensar, significó la posibilidad de traspasar los umbrales (de las casas) para acceder a un interior hasta entonces cerrado, oculto, propio, desconocido para todos los que no fueran de la casa. Y la transformación en la cultura que avanza desde finales del siglo pasado hacia la ruptura entre lo público y lo privado, como posibilidad de intromisión del afuera en el adentro de cada cual. Lo propio, lo íntimo, el *domus*, pasan a ser claves interpretativas de las personas mismas cuando se hacen exhibibles para los demás, cuando se hace de lo propio un espacio trivializable y expuesto a los ojos de todos. Para la misma época, la publicidad y los cánones de construcción de las nuevas identidades sociales inventadas por esa misma modernidad tardía el ama de casa sería su expresión más acabada terminan por legitimar el espacio en que se vive, se habita, se mora, como espacio construido a imagen y semejanza del deber ser social, del prototipo ideal e idealizado de los nuevos códigos de sujeción social. Ya no hace falta que se enseñe o no la casa como parte de uno mismo, existe en tanto virtualidad institucionalizada y ya nunca más podremos renunciar a la idea de lo espacial como parte constitutiva de nuestra propia forma de ser.

Más allá de todas las aproximaciones ontológicas, antropológicas, históricas y arquitectónicas, la casa es una idea cultural. Un poseer en la experiencia del *habitare* para proyectar/se, para decir de sí, del poder o del poderío, del saber o del denostar, del ser y del aparentar. A nadie sorprende ya que aceptemos la casa como espacio institucional, sujeto a la erosión del tiempo cultural antes que al deterioro de los materiales que la sostienen, esclava de valores temporales que le otorgan no sólo diferentes dimensiones axiológicas sino diferentes destinos pragmáticos. De la casa extensa como espacio productivo propio de las culturas rurales y las familias clánicas a las casas inteligentes, metodológicamente individualistas, capaces de aparecer y desaparecer ante nuestros ojos por obra y gracia de las tecnologías del confort, lo que las atraviesa a una y a otra - es una cultura en constante transformación. La casa ha pasado a ser un muestrario de signos de consumo, hasta el punto de convertirse ella misma en un escaparate de las más diversas y profusas propuestas de una sociedad en la que la velocidad de las transformaciones domésticas es indicativa del lugar en

la escala social de quienes la habitan. Si la casa burguesa del XIX y del primer tercio del XX se asentaba en la contención de lo tradicional, la casa postmoderna se transforma al mismo ritmo en que se acelera la tasa de plusvalía de las mercancías.

En la siempre tan peculiar historia española, la casa moderna, es decir la urbana, la que se construye en propiedad vertical, la que ha dado lugar a esa forma expresiva que la nombra como pisito, nido, refugio, esa en la que han crecido y se han hecho mujeres y hombres las actuales generaciones modernas y modernizantes que se cambian hoy a los llamados chalets adosados, - coloquialmente conocidos en Madrid como los acosados - tiene su acto fundacional en las propuestas del desarrollismo de 1.959. Es a partir de ese año cuando se instaura en España la particular mediación de la propiedad privada entre habitante y usuario como condición incuestionable para que la vivienda pueda experimentarse como propia. Esta peculiaridad fenoménica que el paso de los años sólo ha logrado incrementar, fue ideada como una estrategia política de subordinación a un ideal colectivo - cuyo beneficio directo caía y cae en las arcas del poder financiero - capaz de penetrar en todos los segmentos sociales como la forma de disciplinamiento más eficaz de la clase trabajadora en su conjunto. Garantizar el pago de las letras, las cuotas del piso a final de mes es, sin ninguna duda, una de las prácticas de integración social más extendidas, más eficaces y más demiúrgicas de la España moderna. No hay otro país europeo con mayor número de viviendas en propiedad privada. Los españoles cuentan, entre sus documentos de identidad, con las escrituras de propiedad de sus viviendas en número muy superior a cualquier otro país de la Unión Europea. De esta forma la primera aproximación al sentimiento de pertenencia a una casa comienza en esta época de razón totalitaria con una metáfora, con una traslación de significado al equivalente económico del espacio particular, privado, propio, que se habita. Patrimonio aspiracional de mayor envergadura que cualquier convicción ciudadana, poseer una vivienda, ser propietario de la casa, es la expresión sólida del sentido patrimonial de todo buen vecino bien intencionado que se precie de tal. Si el barroco propuso la alegoría de la nave para condensar instancias tan diversas como el Estado, la pasión, la vida... la razón moderna española ha instaurado el techo propio como umbral de la condición de persona. Fuera de esta condición, uno no es nadie porque uno no tendría ni dónde caerse muerto.

Dice Italo Calvino que una explicación general del mundo y de la historia ha de tener en cuenta, ante todo, cómo era nuestra casa. Esta experiencia de socialización primera, vivida involuntariamente en la invención del origen - al decir de Nelly Schnaith -, es región originaria de nuestro lugar en el mundo, vivencia fragmentada que atraviesa el sueño y la memoria sin conocer fronteras precisas. Entre los múltiples

usos en los que se inserta la noción de casa, interesa retener algunos que señalan diferentes dimensiones de la capacidad metaforizante que este particular espacio tiene. Metáfora de metáforas, la casa indica sentidos comunes y colectivos de la experiencia vivida, una dimensión de identidad en la vida social y un sistema de convenciones y supuestos que contiene y aúpa los comportamientos limítrofes entre la intimidad y las formas determinantes de la presentación de la persona en la vida pública. Tres dimensiones sobre las cuales cabe la reflexión sobre sus metáforas, como cabe el elogio de unas y el denuesto de otras.

La experiencia vivida

La casa nace con uno mismo. La memoria de los primeros recuerdos caseros es el bosquejo balbuceante de cada biografía. Luego se irán añadiendo perspectivas sobre el espacio, sobre el tiempo de las cosas, sobre el sistema de los objetos. Habrá luces y sombras, silencios y olores que conforman un paisaje interior, pocas veces compartido con idéntica mirada por esos otros que están presentes en los mismos escenarios y epopeyas. Allí se está gestando lo más arcaico de la cultura, la experiencia que se vive sin tener conciencia de experiencia, el hábito que no sabe que se repite, la lírica que se desarrolla sin saber de sí, el acontecimiento que no supo que era tal, el hastío y hasta el olvido de secuencias y momentos que tenazmente se resisten a volver. En esos recuerdos de experiencia, la cultura es pura vitalidad, cultivo del *self*, tierra en barbecho que es indiferente al destino y a la reflexión. La memoria trabaja sobre el espacio y sobre el tiempo. Exige una topología, mejor aún, precisa de *cronotopos* en los que invariablemente se perfila la experiencia vivida de la casa, la real y la inventada, la imaginada y la temida. Tiempo y espacio contruidos interiormente como dimensiones a las que tributan todos los sentidos vueltos recuerdos, memoria viva, huella que moldea la propia personalidad. La casa es nuestra primera experiencia de socialización, el rastro del primer golpe, el vestigio de los temores que no saben a qué temen, la estela del placer, la evocación del primer desengaño. Todo esto hace una casa. El sentido primigenio del adentro y el afuera, lo interior y lo exterior, lo propio y lo de todos, lo que está delante y lo que sucede detrás, se han gestado en nuestras vidas en vínculo directo con el espacio peculiar de la casa, o incluso de las casas, pero siempre en relación con un particular habitado que reconocemos de esta forma. Los que son de casa... y los que no lo son nos dan el conocimiento implícito del sistema de relaciones y parentesco; la casa de al lado como frontera entre cercanos espaciales y sin embargo ajenos al linaje, la casa de locos que alguien alguna vez llamó a la propia casa en todas las casas y en todos los tiempos, constituyen, ine-

xorablemente, un tejido común que se vuelve cultura desde la reflexión, pero que creció como experiencia y se transformó en historia verdadera, esa que no se hace oficial, ni estadística, ni tiene mayor legitimidad que pertenecer a la novela personal del relato de la propia existencia.(a)

La casa marca fronteras intangibles vueltas metáforas vivas que nos acompañan en las múltiples aventuras espaciales que recorreremos durante la vida: hay cosas que son de entrecasa, que sólo se usan como emblemas de una intimidad compartida con aquellos con los que se realiza la tramoya de lo cotidiano. Hay momentos en los que se tira la casa por la ventana coincidiendo con algún exceso festivo que tuvo poca o nula repetición. Hay gente que va como Pedro por su casa porque la familiaridad y la confianza se ensanchan hasta superar los límites que se le ponen a otros. Algunos no paran en casa porque su tiempo se absorbe fuera de ella. Los hijos, cuando se emancipan hacen casa aparte o, como dicen las viejas en Castilla, apartan casa. Hay momentos en los que se le cae a uno la casa encima o que arde la casa de puro alboroto y riña. ¡Ah de la casa!: llama el forastero cuando no hay otra poética más que la voz para hacerse presente. Llegar a casa de una vez por todas cuando estamos hartos de agorafobia. (b)

Pero la casa es también el lugar donde se lavan los trapos sucios, donde es preferible que tenga una sola puerta porque con dos es mala de guardar; donde aprendemos a ver en la oscuridad, a medir nuestra proxemia con las paredes y con el mobiliario, a calcular con exactitud táctil la precisa distancia y altura en la que está el interruptor de la luz, la puerta de la nevera, el escalón, la falleba del portal o la ventana. Casa hecha de materiales espurios, de olores de las esencias nutricias que nos alimentan y de las pestilencias de cada cual; templo de ritos preparatorios para las ceremonias públicas, albergue tardío de peregrinos trasnochadores que callejean por antros de mala reputación. Casa que se enciende antes del alba, que suena a sordos ruidos de traqueteo rutinario: el grifo, la cafetera sobre el fuego, la caja de latón de las galletas, el cajón que no cierra y no abre bien y haber cuándo me acuerdo de arreglarlo, la radio monótona con las mismas malas noticias de todos los días de cada semana, los niños que gritan con energía intemporal, el calcetín que no aparece, las putas llaves que se esconden justo en ese momento en que ya no queda ni un momento que perder...

Casa de domingo por la tarde cuando el hastío se vuelve extenso, dócil, intransigente; cuando no hay nada que incite al entusiasmo porque el vacío y la completud son una misma cosa, un estómago sobrecargado, una tarea que no estimula, un tiempo que no alcanza para hacer nada de lo planificado el domingo por la mañana, un recogí-

miento que inquieta, un saber prevertiano que sólo antepone el aburrimiento a la rutina semanal que vendrá, para luego regresar a esta eterna tarde de domingo y así la vida. O los otros domingos, los de espontánea algarabía familiar, de risas construidas en la complicidad de códigos y saberes comunes, en la asunción de personajes histriónicos, de niños que se encuentran y juegan y hacen bulla como si fueran vacaciones, de aperitivos exuberantes de nuevo rico, de pasteles rudos que adormecen a deshora contraviniendo todas las convenciones. Algo de todo esto hay en esa casa interior, en la experiencia vivida de lo que llamamos casa y que es mucho más y otra cosa, y más paradoja que una vivienda.

Las otras casas

En la vida de todos nosotros está esa casa, la que reconocemos como nuestra, la que es consustancial a los deseos, a los temores, a nuestros abismos más paralizantes y a los sueños más exquisitos. La casa con colores, fragancias, ángulos oscuros con o sin arpas en las que el inconsciente fue adquiriendo ese matiz informe y paradójico que tira de nosotros como en un bolero, sin destino ni final. Pero hay otras casas, otras construcciones lingüísticas y sobre todo, otras ideas culturales con las que habitamos y en las que vivimos con una civilidad que bien querría para sí la clase política. A la infinita variedad de metáforas sobre la casa habitada y experienciada hay que sumar las otras alegorías, más públicas que privadas, que adjetivan la casa para nombrar recintos de sacralidad variable. La casa consistorial que, lejos de ocuparse de lo divino, se refiere en España a los recintos de responsabilidad municipal, verdadera ágora moderna donde se discuten, se negocian, se trafican y hasta se desprecian los intereses públicos. Casa de todos que gestiona la ciudad y sus potencialidades con la metáfora hostil de la gran familia local, remedo de la tribu y de sus hechiceros que sigue siendo efectiva al inicio del tercer milenio. La casa de Dios -¡Dios mío! que también es casa de todos pero de otra forma, para otros asuntos, mejor aún, para otra forma de gestionarlos porque en el fondo, al igual que en la consistorial, lo que rumorea y se agazapa detrás de sus aldabas es el juego posible del poder y sus graciosos símbolos. La casa de Dios que es parte de la comunidad Iglesia, presidida por un patriarca o Papa, principio de autoridad en la tierra en nombre y representación de la otra casa, la definitiva, la que no tiene preconsciente porque es inefable e inimaginable, la casa celestial. Casas, casas, casas...(d)

La casa de citas. Forma domesticada de nombrar el preciso latín de lenocinio. Casa de particular simbólica en la memoria de todas y todos porque representaba un lugar desconocido de umbral infranqueable para la mayoría de las mujeres, casa que de-

vora a quienes penetran en ella porque nunca más vuelven a salir, espacio deseante para varones de pro, impronunciado e invisible para jóvenes de hormonas perturbadas. Casa de citas misteriosas, nunca nombradas, con enlosados limpios a fuerza de cambiar de acera quienes por allí pasaban, las unas por ganas de mirar a través de los visillos, los otros por temor a ser reconocidos y denunciados como poseedores de deseos. Casa de mancebía, de mujeres públicas que no son de nadie, casa de malas costumbres, casa del pecado, casa de malicia.

Casa de comidas. Lugar acontecimiento al que en algunas ocasiones éramos llevados de niños y que con el paso del tiempo recuperamos como parte fundante de nuestra arqueología del gusto, del buen gusto. La casa de comidas solía ser mejor que la cocina de casa y además en ella se podía ejercer el placer, pocas veces estimulado, de elegir nuestros platos favoritos, el postre, un refresco... Casa de comidas que con la modernidad pasó a llamarse restaurante, y hasta a veces, restaurant. Los cambios de nombre no eran ingenuos, a la comida casera le siguió la cocina industrial y después la factoría de los congelados. En su evolución natural se convertirá pronto en un *fast food*.

Casa de juego. Guarida poco recomendable, más masculina que femenina aunque de todo hay en la que el juego, el dinero, e incluso el sexo, decían, estaban presentes para procurar entre todos, el rito de la transgresión. Más de una vez han sido locales de bingo, de cierta ingenuidad soporífera que más valían para poner en evidencia hasta qué punto todos los mayores están habitados por un niño que gusta de jugar con más profusión que la de realizar un homenaje a la lujuria, a la avaricia o la gula. El nombre, casa de juego, tenía algo de clandestino, provocaba una cierta inflexión en la voz que bajaba una cuarta para que nadie se sintiera aludido en el reconocimiento, ni nadie sospechara que quien lo mencionaba tenía afección al lugar, o era un ludópata o se enriquecía de manera ilícita. Para darle prestigio institucional al hábito del juego, estaban los casinos que, aunque provincianos o pueblerinos guardaban un cierto sabor liberal de respetabilidad cívica desde donde se practicaba, sobre todo, el oficio del control directo sobre todos y cada uno de las paisanas y paisanos. Originariamente fueron salones para hombres en los que se fumaba, se leía la prensa, se discutía de política y se mataba el tiempo, ese tiempo de adormidera en sillones con orejeras. Con el paso del tiempo, las mujeres que sólo asistían a los casinos para las bodas, las fiestas patronales o algún que otro onomástico, comenzaron a frecuentarlo con más asiduidad hasta adueñarse de los sillones primero, de la prensa y finalmente copar todas las candidaturas a las juntas directivas.(e)

La casa de empeño, sin ninguna duda, una de las casas más importantes de la España de este siglo aunque hoy parece haber desaparecido tras la figura de algún presidente

de club de fútbol sureño. Casa de desesperados que acudían con sus abalorios convencidos de poseer joyas imperiales por las que esperaban sumas de dinero nunca correspondidas, otros con sus mobiliarios, de más valor emocional que precio de cambio, otros con sus colchones para empeñarlos a cambio de una entrada a los toros, como relatan las crónicas de la villa y corte de Madrid. Casa de ofrendas póstumas siempre relacionadas con alguna calamidad más o menos definitiva, una enfermedad, recuperar un amor a través de un regalo, realizar esa inversión que llegará a ser salvadora y definitiva, liquidar una deuda de juego, dar de comer a los hijos. ..

Y la casa institucional más propia, peculiar e intransferible de todas las casas españolas, la casa cuartel de la Guardia Civil. Arquitectura de la desolación comunitaria, plaza cerrada en la que viven extrañas parejas de hecho, hostiles y paranoicas, mujeres silenciosas que se afanan en sus labores con resignación de viudas potenciales, niños que saben desde la cuna que no deben alborotar, austeridad de posguerra que sigue oliendo a humedad rancia, a estufas de butano, a calcetines, calzoncillos, camisas y camisetas todas de un mismo color. Casa de espacio y tiempo singular, ajena al bullicio de fuera, cerrada a toda agitación, recinto aislado de miradas indiscretas, templo de la civilidad militarizada que en el frontispicio hace gala de esas vidas bucles cerradas sobre sí mismas, vidas con meta incuestionable, secta legitimada de obsesos que reniegan del Edipo: todo por la patria. Casa de invasores, más temidos que admirados, más denostados que queridos, más soportados que respetados. Casa colmena, capaz de repetirse hasta el infinito en la que no existe intimidad ni en el común aislamiento ni en el falso privado porque todo está sujeto a la organización jerárquica de los grados masculinos, donde las mujeres no puntúan ni cuentan historias, ni hablan de ellas ni saben que hay otras vidas diferentes, otros hábitos, otros destinos.

Estas son algunas de nuestras otras casas, las que nos fueron dadas y nominadas como tal, como casas, por las que todos circulamos aunque sólo sea nombrándolas, sabiendo que son hitos de nuestras percepciones más propias, de nuestra historia más irrenunciable, de nuestro saber menos presentable.

Las casas de ficción

¡Son tantas! Difícilmente podríamos aludir a todas porque en estas casas se amalgaman las casas de todos y las particulares que imaginamos, construimos mentalmente, situamos en ciertos paisajes y desmoronamos en otros. Hay casas que en su propuesta ficcional pertenecen a la historia de los españoles con tanta legitimidad como las institucionales o las propias. Por ejemplo, *La casa de la pradera*. Homenaje a la rustici-

dad americana tanto en la arquitectura espacial, como en la concepción de los personajes y sus relaciones y conflictos que capítulo tras capítulo devoramos un par de generaciones. Saga de conquistadores de medio pelo insertados en paisajes de dimensiones inconcebibles, quienes con puritanismo infantil sentaban cátedra del deber ser y hacer de una familia modelo. Casa de labranza pretecnológica, habitada por hombres con sombreros baptistas y mujeres vestidas con telas de cortinas. Puestos a elegir, la casa de *Bonanza* tenía más morbo, olía más a varones de un muestrario inverosímil.

Con la democracia llegó la casa de *Falcon Crest*. En ella América ponía sobre el asador toda la carne de su poderío más real e impresentable. Casa mansión de factura matriarcal en la que desfilaban atropelladamente los siete pecados capitales y sus derivas y mixturas más atrevidas. Casa en la que se hacía patente que el poder y la armonía no son compañeros de viaje y en la que sobre todo quedaba demostrado que el mal es mucho más entretenido y estimulante que la bondad y los temerosos de Dios.

La casa de los Martínez. En ella la rusticidad tenía el sabor de lo local, de lo conocido y lo doméstico. Sobremesa de mesa camilla con brasero y ninguna opción para cambiar de canal. Casa con sorpresa de invitados, homenajeados como nunca homenajéabamos a nadie en nuestras casas, porque los famosos de la época tenían cortijos, o pisos o chalet, pero no casas ni vecinos como los que se sentaban frente al televisor. Casa que sin ninguna duda ha dejado huellas en muchas familias que se identificaron con los Martínez más que con los personajes de *La Cubana*. (f)

Casa de ficción más real que lo real, la de Bernarda Alba. Espejo de acritud a la española, alma enlutada por vocación, pléyade de resentidas y cobardes, casa del drama femenino que sigue latiendo en el corazón de nuestra poética más telúrica y abismática. Casa de ficción tantas veces recuperada como metáfora de otros tantos dramas miméticos, que siguen golpeando a las puertas de la modernidad sin saber con certeza, si alguien abrirá del otro lado.

Las casas contadas en la ficción infantil. Esas que nunca vimos pero nos imaginamos con precisión milimétrica. La casa de *Alicia en el país de las maravillas* que crecía y se empequeñecía con ella, casa que se vuelve guante y que no pretende ser más ni menos que quien la habita. La casa de chocolate de *Hansel y Gretel* que motivó la alucinación de millones de niños en todo el mundo, más aún si cabe, de aquellas generaciones pretelevisivas que ni siquiera pensaban en ver la vida en blanco y negro. La casa de chocolate propiciaba delirios infantiles cercanos al terror que produce el propio deseo, la fantasía de ver hecho realidad lo que apenas se insinúa en el sueño. Poco importaba si a uno le gustaba o no el chocolate, lo verdaderamente seductor era la

ligazón entre un continente y un contenido, el afuera y el adentro hechos de un material sabroso que podía ser devorado cuando y como se quisiese. Una casa con paredes interiores de fresa y vainilla, puertas de nata, jardines de menta y caramelitos, suelos de bizcocho, muebles de almendra, y luego todo muy recubierto de chocolate. Desatino hecho golosura, capaz de inaugurar una morbidez presexual, huella mnémica apenas confesable en el recinto de la intimidad erotizada.

Y las otras casas de la ficción infantil que eran habitadas por los más dispares sentimientos en estado puro, en proceso de gestación hacia el abismo. Me refiero a la casa de *La bella durmiente* con ese altillo aterrador en la que se tejían los sentimientos más adversos, la casa de la abuela de *Caperucita Roja* que no tenía mejor idea que vivir en medio del bosque sin plan de atención del ayuntamiento ni servicios del Inmerso ni siquiera un teléfono de la esperanza. La casa de los siete enanitos, rusticidad europea que dió origen a tanto miniaturista estéticamente desaprensivo. Las casas de *Los tres cerditos*, una de paja, otra de madera, otra de ladrillos.

La casa de la Familia Adams, mucha casa para tan reducida familia. Casa rarísima en la que se exhibe un interiorismo de terrores domesticados pero que guarda en el sótano un parque de atracciones, unos canales venecianos, un tesoro nunca descubierto. Las casas de *Los Picapietra*, casa con vecindad cívica, donde los más modernos adelantos de la ideología del confort americano y del *american way of life* se presentan encarnados en materiales primitivos, tales como piedras, huesos y pieles de dinosaurios o de mamut, ajenos a cualquier cultura posible de los últimos dos mil años.

La casa de papel. En la pedagogía del siglo XX, millones de personas aprendimos que la primera relación proyectiva sobre una casa, era el dibujo que concebíamos de ella. Las guarderías del mundo se empapelan con estos dibujos de trazos inseguros y condensaciones imposibles. Pero cada una de ellas es también, de alguna manera, nuestra casa porque son parte de nuestra historia. En ellas aprendimos que lo inverosímil es patrimonio de nuestra historia con tanta fuerza de existencia como esas otras, menos queridas, o menos apreciadas en las que vivimos, vemos la televisión, sostenemos nuestros sueños por sobre nuestras realidades. Y no me resisto a dejar de mencionar las casas de *Hola*, ese pequeño Hollywood que encierra cada casa americana concebida por los delirios de algún mariquita decorador en las que el mal gusto hace convivir piscinas con forma de riñón, mesas de cristal sostenidas por patas de leones, camas anticonceptivas y cortinados que hieren la vista más que el agujero de la capa de ozono. Casas con pie de foto, oficialmente legitimadas para la opinión pública, pero exhibidas para la socarronería ibérica que se deleita en la constatación más elocuente que produce en estos tiempos la cultura clasista, los ricos no sólo lloran sino que además tienen muy mal gusto.

Las casas soñadas

De todas estas casas aludidas, contra todas estas casas padecidas, construimos la casa de nuestros sueños. La casa soñada es para ser tal, sólo soñada. Cualquiera que habitemos más o menos parecida a esa que anhelamos será en definitiva una mala imitación. La casa de los sueños no quiere hacerse realidad, quiere mantener ese *statu quo* singular. En la casa que soñamos no suele haber personas aunque haya cuartos y baños y salones para más habitantes. Pero la ensoñación es como el recorrido de una cámara silenciosa que transita de habitación en habitación, preferentemente en una mañana luminosa, en la que las ventanas están entreabiertas para que llegue la brisa. En la casa de los sueños, todo es interior, incluso los exteriores. Todo se vive como propio, como posesión del alma, sin importarnos la extensión de los ambientes, de los jardines y patios, de los árboles y macetas. Es un espacio acotado emocionalmente por colores que muchas veces no tienen nombre, que no podrían coincidir con ninguno de los espectros coloridos que conocemos. La casa de los sueños presenta un orden y una limpieza de revista de decoración, es mirada desde ángulos panópticos que nunca pueden precisarse.

Lo que se cuenta, lo que muchas veces se nombra y se le demanda a la vida, a los otros, son espacios particulares que se parecen sólo en parte a esa onírica sin razón localizable. Por ejemplo una cocina de ensueño, suele ser una expresión femenina que no por casualidad se centra en este espacio. La condición femenina, tan culturalmente condicionada a la construcción de un yo relacional, tiene en este lugar de nutriciones uno de sus enclaves favoritos. También en los baños, último refugio de la intimidad personal para la familia moderna. Cocinas y baños de ensueño o de realidad, son siempre espacios singulares de la condición femenina. ¿Por qué? En ellos se convocan dos zonas del cuerpo parecidas y distantes: la boca y el ano. Las dos son erógenas y umbrales entre el afuera y el adentro de cada sujeto. Las dos deben, sin embargo, mantenerse distantes. En ambas gobernará la limpieza. Pero también el orden de lo que debe entrar y lo que debe salir. De lo contrario todo será *contra natura*.

Para los varones, los lugares emblemáticos son el cuarto de estar, el de descanso, y si cuela, un despacho privado. Lugares frontera entre el afuera y el adentro social, sitios en los que circula la cultura y el orden político a través de la presencia de los mediadores, la televisión, los objetos personales, las prendas de las ceremonias públicas, los libros, los papeles de trabajo. Las mujeres gobiernan el orden biológico, los varones el orden político. Esta también es una idea cultural, con el agregado de haberse convertido en un orden natural de las cosas, las palabras, las relaciones. Orden natural que, como otros, parece ser proclive a la interpretación ideológica que gobierna cuerpos y mentes.

La casa de los sueños es más femenina que masculina y no porque los varones no tengan ensoñaciones sobre el hogar, pero su sueño es eso: una organización política que actúa como espacio-Estado que permite acceder a cierta pertenencia responsable que otorgue identidad, que articule tareas, marco que contenga la también condicionada expulsión al afuera: los hombres son de la ciudad, las mujeres de lo doméstico. Afuera y adentro, lo crudo y lo cocido, el individuo y el grupo, la figura y el fondo.

Soñar casas es hacerse cargo de nombrar una microfísica del poder que alude a los paraísos perdidos y que cada cual construye no desde la individualidad sino desde su ser social, desde sus aspiraciones y esperanzas pero también desde sus anhelos y carencias. La casa soñada es la que no tenemos pero la que de alguna manera se parece a lo que perdimos, a lo que alguna vez percibimos como propio.

La casa para los adolescentes se parece más a un bar de copas al que asisten a diario sus ídolos de papel y en la que el caos es dimensión necesaria para poder reinar. Casa de sonidos aunque sean ruidos que se adapta a sus deseos sin más restricciones que las impuestas por los nuevos afanes. Casa en la que se convive con los iguales de pandillas, cuadrillas, colegas, troncos. Casa sin horarios ni disciplinas, sin aprendizajes ni más instituciones que las que actúan como cuestionadoras de esas otras, impuestas por los adultos.

Para los niños, la casa soñada es esa en la que poder hacer lo que se quiere, en la que no hay límites de espacio y tiempo y en la que no cabe ni siquiera el cansancio porque la energía es pura potencia. Casa de juegos, casa de estímulos constantes, de construcciones imaginarias de roles, situaciones y desafíos.

Para jóvenes y niños, soñar casas es relativamente simple. Suele coincidir con deseos que son lo opuesto a sus realidades y limitaciones signadas por el mandato de la socialización. Para unos y otros, la casa soñada es el reino del buen salvaje, del animal instintivo que puede gobernar espacio y persona.

Para los adultos, por el contrario, soñar casas es mucho más complejo porque el sueño debe responder a un deber ser que, en primer lugar, exige el trabajo ingente de lograr identificaciones con tipos ideales que se intuyen en cada una de las diferentes ensoñaciones caseras. Y aquí cabe una reflexión que me delata como socióloga: no se sueña fuera de la cultura en la que se vive. Durante el sueño, sea diurno o nocturno, lo soñado queda atravesado por lo más profundo de nuestros sentimientos y pertenencias sociales. Decía Lévi Strauss que *la ideología no es cómo los hombres piensan los mitos, sino como los mitos se piensan en los hombres sin que éstos lo noten*. Y

soñar casas pone de manifiesto los mitos políticos, los de prestigio social, los que articulan jerarquías locales, los que, en definitiva, son soñados por el propio sector social al que se pertenece. Los gitanos sueñan casas sin puertas, los pobres sueñan colchones blanditos, la clase media sueña casas americanas, el poder sueña mandos a distancia. Cada uno sueña los sueños que le corresponden y, haciéndolo, toma conciencia de la distancia que le separa entre quien es, y quién querría ser. La tecnología de los sueños, está hecha de un material siempre cambiante que las culturas se encargan de producir, modelar y distribuir en cada tiempo y lugar. La casa soñada tiene la enjundia que es capaz de soñar cada cultura; vista perdón, vivida - desde la particular perspectiva de cada uno de nosotros dentro del orden social en el que nos ha sido dado existir.

Fuera de la experiencia vivida, de las instituciones con las que hemos crecido, fuera de las ficciones y ensoñaciones, quisiera aludir a dos casas más, que tienen, de alguna manera, una parte de cada una de éstas y son, al mismo tiempo, otra cosa. Me refiero a un recuerdo y a una ambición públicas. La primera es *la Casa del Pueblo* de cuyos restos arqueológico-políticos siguen quedando algunas huellas en las ciudades españolas. Casa de sindicatos y de organización de la clase trabajadora que, más allá de las siglas que la patrocinan, es expresión de un sueño colectivo que se atrevió a hacerse realidad. Casa del Pueblo que supo de heroísmos y solidaridades, de nuevas formas de concebir lo comunitario y anteponerse a las arbitrariedades del poder. Casa que quiso ser de todos aquellos que fueran capaces de compartir una utopía, un sueño.

Y la *casa común de la izquierda* que sigue siendo anhelo de utopistas irredentos.

Todas estas casas mentadas y todas las que se puedan haber dibujado en la querencia de quien acaba esta lectura remiten a una idéntica esperanza. La esperanza que con lucidez señaló, sin indicar dónde estaba, la escritora Griselda Gambaro: *un lugar donde la felicidad, se dé con menos tristeza.*

(a)

*Pintada, no vacía.
pintada está mi casa
del color de las grandes
pasiones y desgracias.
Florecerán los besos
sobre las almohadas
Y en torno de los cuerpos
elevantará la sábana
su inmensa enredadera
nocturna, perfumada.
El odio se amortigua
detrás de la ventana.*

Miguel Hernández
MI CASA

(b)

*No es que no vuelva porque me he olvidado
de tu olor a tomillo y a cocina,
de lejos dicen que se ve más claro
que no es igual quien anda y quien camina.*

*Y supe que el amor tiene ojos verdes
que cuatro palos tiene la baraja
que nunca vuelve aquello que se pierde
que la marea sube y luego baja.*

*Supe que lo sencillo no es lo necio,
que no hay que confundir valor y precio
que un manjar puede ser cualquier bocado*

*si el horizonte es luz y el rumbo, un beso.
No es que no vuelva porque me he olvidado
es que perdí el camino de regreso, mamá.*

Joan Manuel Serrat
SONETO A MAMÁ

(c)

...

He vuelto, ¿no ves? a tu casa de niño, a la mísera y vieja casa de adobes de paja en la Granja de Moreruela.

Abro con dulce chirrido del agrio quicio la puerta

(bien la tenía engrasada la leve mano de abuela),

pujo y agacho al pasar bajo el dintel la cabeza,

tan baja hacia acá la techumbre que toco musgo en la teja

(pero qué, si ella era en mis años tan mermaidilla y pequeña)

entro al cuerpo de casa, oloroso a polvo y canelas

de tiempo y carcomas, en sus años olía a cántara fresca

y sobre el largo banquillo a gotas frías de cera

...

Agustín García Calvo

RELATO DE AMOR (ENDECHA)

(d)

...La parte trasera de la casa, sobre todo desde el piso de arriba, ofrecía una vista agradable sobre una superficie casi inabarcable de jardines vecinos que se extendían hasta las murallas de la ciudad. Desgraciadamente, con la transformación en jardines domésticos de las plazas comunitarias que antaño se hallaron aquí, nuestra casa y alguna otra situada en la esquina de la calle se habían visto muy limitadas, en la medida en que las casas situadas junto al mercado de caballos ampliaban su espacio con extensas edificaciones interiores y amplios jardines, mientras que nosotros nos veíamos excluidos de estos paraísos tan cercanos por el muro bastante elevado de nuestro patio. En el segundo piso había un cuarto que recibía el nombre de habitación del jardín porque en él se había intentado compensar su carencia mediante unas pocas plantas puestas frente a la ventana..

Goethe
POESÍA Y VERDAD

(e)

Dentro de la casa del Alma pasean las Pasiones

bellas mujeres de seda

vestidas, y con zafiros en la cabeza.

De la puerta de la casa hasta el último rincón

dominan todas las habitaciones. En la más grande

las noches que su sangre hierve

bailan y beben con el pelo suelto.

Fuera de las habitaciones, pálidas y mal vestidas

con ropas de un tiempo antiguo

las Virtudes dan vueltas y con amargura oyen

la fiesta que dan las hetereas borrachas.

En los cristales de las ventanas las caras pegan

y miran calladas, agrupadas,

Las luces, los diamantes y las flores del baile.

Konstantinos Kavafis

PROSAS

(f)

*... oh benvinguts, paseu, paseu
de les tristos eu farem fum
a casa meva es casa vostra
si es que hi a casas dalgú*

Jaume Sisa
BENVINGUTS